

29º D. TIEMPO ORDINARIO. EVANGELIO SEGÚN SAN MATEO 22,15-21.

En aquel tiempo, los fariseos se retiraron y llegaron a un acuerdo para comprometer a Jesús con una pregunta. Le enviaron unos discípulos, con unos partidarios de Herodes, y le dijeron:

-Maestro, sabemos que eres sincero y que enseñas el camino de Dios conforme a la verdad; sin que te importe nadie, porque no te fijas en las apariencias.

Dinos, pues, qué opinas: ¿es lícito pagar impuesto al César o no?

Comprendiendo su mala voluntad, les dijo Jesús:

-¡Hipócritas!, ¿por qué me tentáis? Enseñadme la moneda del impuesto.

Le presentaron un denario. Él les preguntó:

-¿De quién son esta cara y esta inscripción?

Le respondieron:

-Del César.

Entonces les replicó:

-Pues pagadle al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios.

RESPETAR LA DIGNIDAD HUMANA

El Evangelio de la Liturgia de hoy nos relata como algunos fariseos se unen a los herodianos para tender una trampa a Jesús. Siempre buscaban tenderle trampas. Van donde Él y le preguntan: **«¿Es lícito pagar impuesto al César o no?»**. Es un engaño: si Jesús legitima el impuesto, se pone de parte de un poder político mal respaldado por el pueblo, mientras que si dice de no pagarlo puede ser acusado de rebelión contra el imperio. Una auténtica trampa. Pero Él escapa de esta insidia. Pide que le muestren una moneda, que lleva impresa la imagen del César, y les dice: **«Pues dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios»**, Pero ¿qué significa esto?

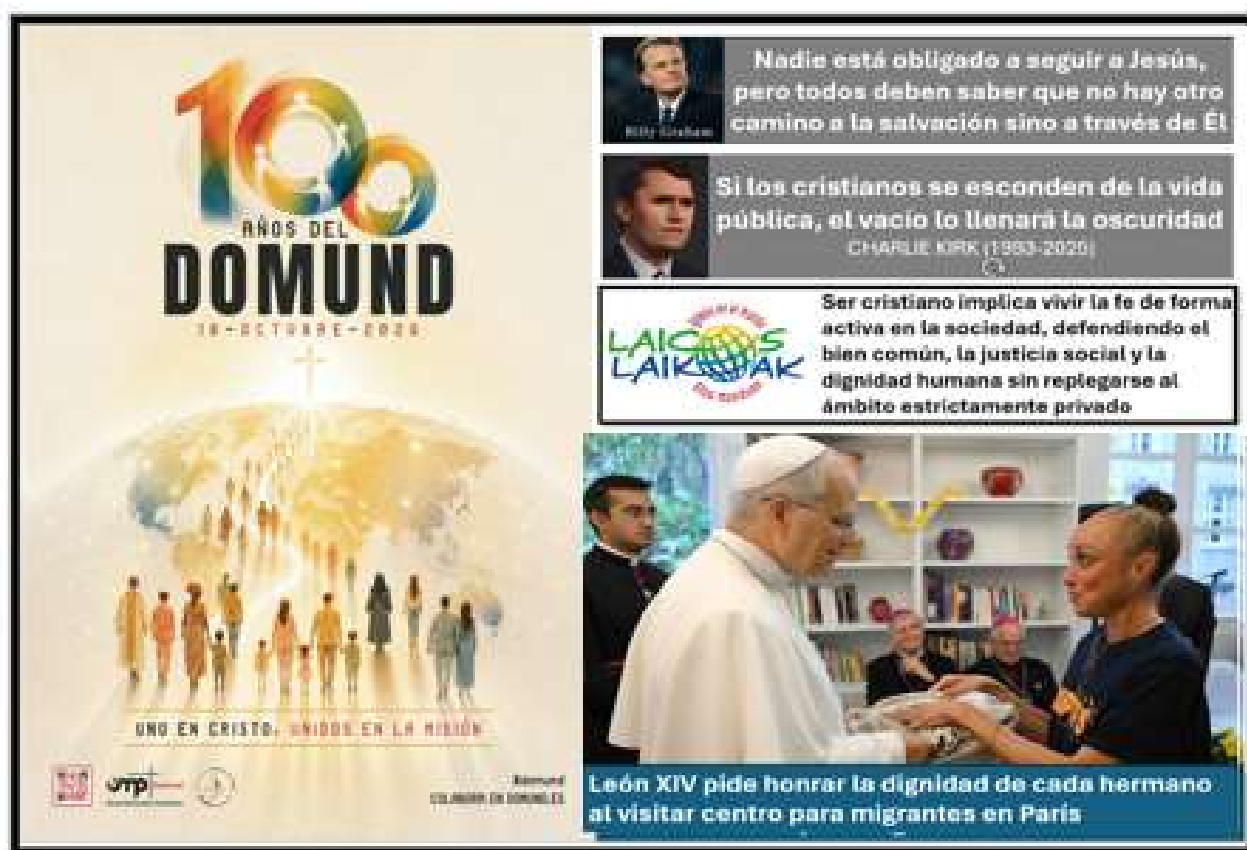
Estas palabras de Jesús se han convertido en algo de uso común, pero a veces se han utilizado de manera equivocada, o al menos reduccionista, para hablar de las **«relaciones entre Iglesia y Estado, entre cristianos y política»**. A menudo se entienden como si Jesús quisiera separar a “César” y a “Dios”, es decir, la realidad terrenal de la espiritual. A veces, también nosotros pensamos así: una cosa es la fe con sus prácticas y otra cosa, la vida de todos los días. Y esto no funciona. Esto es una equivocación, **«como si la fe no tuviera nada que ver con la vida concreta»**, con los desafíos de la sociedad, con la justicia social, con la política y etcétera.

En realidad, Jesús quiere ayudarnos a colocar al “César” y a “Dios” a cada uno en su sitio. Al César, es decir, **«a la política»**, a las instituciones civiles, a los procesos sociales y económicos, **«pertenece el cuidado del orden terrenal»** y **«nosotros»**, que en esta realidad estamos inmersos, **«debemos colaborar en esos cuidados»** como ciudadanos responsables, prestando atención a lo que se nos confía, promoviendo el derecho y la justicia en el mundo del trabajo, pagando honestamente los impuestos, **«comprometiéndonos por el bien común»** y etcétera.

Pero, al mismo tiempo, Jesús afirma la realidad fundamental. Que **«la persona y todo ser humano pertenece a Dios»**. Y esto significa que nosotros no pertenecemos a ninguna realidad terrenal, a ningún César de turno. Somos del Señor y **«no debemos ser esclavos de ningún poder mundano»**.

En la moneda del Evangelio ciertamente está la imagen del emperador, pero Jesús nos recuerda que **«en nuestra vida está impresa la imagen de Dios»**, que nada ni nadie puede ensombrear. **«Al César pertenecen las cosas de este mundo, pero el hombre y el mundo mismo pertenecen a Dios. ¡No lo olvidemos!»**

Comprendemos entonces que Jesús nos está invitando a cada uno de nosotros a encarar nuestra propia identidad, a **«tomar conciencia de nuestra dignidad»**. En la moneda de este mundo está la imagen de César, pero en mi corazón ¿qué imagen tengo de mí? Preguntémonos: **«¿Yo, de quién soy imagen en mi vida?»** ¿Nos acordamos de pertenecer al Señor o nos dejamos modelar por las lógicas del mundo y hacemos del trabajo, de la política, del dinero, nuestros ídolos a adorar?



Hoy se celebra la **«Jornada Mundial de las Misiones de 2026»**, DOMUND, un día que marca el centenario de esta celebración, instituida por Pío XI y tan querida por la Iglesia, bajo el lema **«Uno en Cristo, unidos en la misión»**.

El Papa León XIV, a propósito de este lema nos deja esta bonita oración: *“Padre santo, concédenos ser uno en Cristo, arraigados en su amor que une y renueva. Haz que todos los miembros de la Iglesia estén unidos en la misión, dóciles al Espíritu Santo, valientes en dar testimonio del Evangelio, anunciando y encarnando cada día tu amor fiel por cada criatura. Bendice a los misioneros y misioneras, apóyalos en su esfuerzo, presévalos en la esperanza. María, Reina de las misiones, acompaña nuestra labor evangelizadora en todos los rincones de la tierra; haznos instrumentos de paz y haz que el mundo entero reconozca en Cristo la luz que salva. Amén”*.

Que la Virgen Santa nos ayude también a **«reconocer y a honrar nuestra dignidad y la de todo ser humano»**. ¡Que así sea!